

México, donde está enterrado. Fr. Melchior de Benavente (de quien arriba se hizo mencion), grande amigo y familiar de Fr. Diego, estaba en la ermita de Santa Isabel, una legua de México, y á las ocho de la noche (que era cuando murió el baron bendito), la cama en que estaba acostado, súbitamente dió con él en tierra. Y por voluntad de Nuestro Señor, entendió que su amigo Fr. Diego habia entonces espirado. Y acordándose que habia perdido un amigo de tanta bondad y pureza de alma, y que él quedaba solo sin tal amigo en este valle de lágrimas, lloró mucho con gran ternura y sentimiento.

Fr. Lorenzo de Villanueva.

Fr. Lorenzo de Villanueva fué natural de Villanueva de Barcarota en Extremadura, y hijo de padres cristianos y limpios. Tomó el hábito del padre S. Francisco en el convento de S. Onofre de la Lapa, de la provincia observantísima de S. Gabriel, donde despues fué diversas veces guardian. Vino ya hombre mayor á esta provincia del Santo Evangelio, siendo actualmente guardian del convento de los Ángeles, y con toda su edad deprendió la lengua de los indios y con ella trabajó con mucha fidelidad cuarenta años en la viña del Señor, doctrinando y confesando á los naturales y ejercitando en ellos otras muchas obras de caridad, como son curándolos en sus enfermedades, y sobre todo dándoles singularísimo ejemplo con su vida angélica, que para los indios es la mas eficaz predicacion en sus ministros. Vivió en el hábito mas de sesenta años, en los cuales fué muy penitente, ayunando siempre á pan y agua con alguna fruta y una escudilla de caldo. Y con esta abstinencia lo traia Dios con un rostro alegre, colorado y hermoso, como á Daniel y sus compañeros, que no queriendo comer de los manjares de la mesa del rey Nabucodonosor, se mantenian y andaban mas hermosos y lozanos que los otros, con solas legumbres y agua. Anduvo siempre este varon santo descalzo, y con solo un hábito sin túnica. Fué muy observante de su regla, y por ninguna ocasion dejó de andar á pié. Acaeciale algunas veces andando camino, quedarse medio muerto de una quebradura grande que tenia, y viéndolo así algun español que acaso por allí pasaba, convidarlo con una cabalgadura, y jamas aprovechar con él para que subiese en ella. Al fin de sus dias por algun tiempo fué muy visitado del Señor con enfermedad de perlecia en sola la lengua, que cuasi le quitó la habla, y con graves tentaciones de escrúpulos, con las cuales piadosamente se puede creer mereció mucho en el acatamiento divino. Y esto se conoció bien claro, porque en aquel tiempo fueron mas

Dan. 1.

continuos sus espirituales ejercicios y resplandeció mas el fervor de su devocion. Murió en el convento de S. Francisco de México, de edad decrépita, de cien años, poco mas ó menos, correspondiendo su dichosa muerte á su buena y santa vida. Está sepultado en el dicho convento de México.

Fr. Juan de Bastida, digno de memoria entre los santos varones, fué natural de Villanueva de Barcarota en Extremadura, de gente llana y esmerada en vida cristiana. Tomó el hábito de religion en la provincia de S. Gabriel, de donde vinieron los primeros doce, y otros siervos de Dios tras ellos. Y este religioso padre (aunque de aquella provincia) vino entre los últimos, cerca de los años del Señor de mil y quinientos y cincuenta; mas no fué el postrero en seguir las pisadas de los primeros, porque fué de los esenciales religiosos que esta provincia del Santo Evangelio ha tenido, como verdadero hijo de S. Francisco, por la estrecha observancia de su regla. Con tener desde su niñez cierta enfermedad, que él decia venirle de herencia de sus padres y abuelos (y era que tenia las piernas todas llagadas, como medio desolladas ó quemadas y llenas de fuentes, que le traian el rostro como atericiado), nunca usó andar á caballo, sino siempre á pié, aunque fuese por sierras y ásperas montañas, ni trajo calzado, ni lienzo, ni otra ropa mas de su hábito y manto de sayal grosero, ni dejó jamas de acudir al coro y maitines y á todas las horas. Fué uno de los doce que con celo de reformation quisieron fundar de esta provincia de México otra mas recolecta, que llamaron Insulana, aunque no ovo efecto, como arriba en las vidas de otros sus compañeros se ha tocado. Con ser hombre sin letras, mas de entender un poco de latin, por su vida ejemplar y celo ferventísimo de la observancia de su profesion, fué diversas veces electo en difinidor y guardian de México y de otras casas principales de la provincia, y ejercitó estos oficios con mucha aceptacion y aprovechamiento de sus súbditos. Supo la lengua mexicana en breve tiempo, luego como vino de España, y en ella trabajó fielmente por espacio de cuarenta años, confesando y predicando á los indios y instruyéndolos en cristianas costumbres hasta que el Señor fué servido de llevarlo para sí, y darle el premio de sus trabajos con muerte de mucho contento y aparejo, conforme á la vida que habia vivido. Está enterrado en el convento de S. Francisco de México.

Fr. Juan de Bastida.

1550.

CAPÍTULO LV.

De otros santos religiosos dignos de memoria de esta provincia del Santo Evangelio.

Fr. Francisco de Marquina.

1549.

Eccli. 45.

Sap. 4.

FR. Francisco de Marquina, natural de la ciudad de Vitoria, de la provincia de Cantabria, hijo de padres cristianos y nobles segun el mundo, pasó á esta Nueva España con celo de la salud espiritual de los indios, el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve. Aprendió luego la lengua mexicana y trabajó en ella con los naturales fidelísimamente. Tuvo una prerogativa (como se escribe de S. Buenaventura), que atraía á sí las voluntades de todos los que lo trataban, con lo cual fué amabilísimo á todos los religiosos y españoles y indios; tanto, que entre los muchos y grandes siervos de Dios que ha tenido esta provincia del Santo Evangelio, particularmente él tuvo en vida, y le quedó despues de la muerte el título de *dilectus Deo et hominibus*. Era tanto el contento que daba á todos su buen reposo, prudencia y santa conversacion, que con ser mozo, en tiempo de tan santos y tantos viejos, ya le pronosticaban que si vivía algunos años, había de ser provincial de la provincia. Mas era diferente del de los hombres el consejo y juicio de Dios, el cual porque le era agradable su ánima (como lo era su conversacion á los hombres), se dió prisa á sacarlo de en medio de los peligros del mundo. Y fué así, que este siervo de Dios oyó su curso de artes y teología en esta provincia, del angélico mancebo Fr. Miguel de Gornales, y acabado el curso, luego inmediatamente fué compelido por la obediencia, y harto contra su voluntad, á que fuee por guardian del convento de Jalapa, donde con los trabajos de la visita (que entonces era mucha y de tierra muy áspera y caliente) y con achaque de un recio aguacero que sobre él cayó en aquellos caminos, vino á enfermar, y murió en breve bienaventuradamente en el Señor. Enterróse en el mesmo convento de Jalapa.

Fr. Domingo de Areizaga.

1554.

FR. Domingo de Areizaga, natural de Villareal, pueblo conjunto á Legazpi en la raya de Guipuzcoa, desde su niñez se crió en la ciudad de Vitoria, donde tomó el hábito en el convento de S. Francisco de aquella ciudad, siendo mozo de mucha simplicidad, como los hay y se crian en aquella tierra. En ordenándose de misa, pasó á esta Nueva España el año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, con deseo de emplearse en la obra de la viña del Señor. El co-

misario que lo trajo (que despues fué obispo de Yucatan, Fr. Francisco de Toral, primero evangelizador de la nacion popoluca), conociendo la bondad y virtud de este mancebo, lo escogió y llevó consigo á la provincia de Tecamachalco (que es de los popolucas), para que aprendiese aquella lengua, como de hecho la aprendió en breve tiempo, y sabida, fué enviado al estudio, donde comenzando desde los primeros rudimentos de la gramática latina, hasta concluir el curso de la sagrada teología, salió en pocos años tan buen letrado, que por su suficiencia en letras, acompañada con la perfeccion de su religiosa vida, los preladados superiores le encomendaron en veces la visita de otras provincias, y en esta del Santo Evangelio fué difinidor y provincial dos veces, con suma aceptacion de los religiosos y españoles. En la lengua bárbara que aprendió, fué de los que mejor la supieron, y en ella trabajó muchos años confesando y predicando y rigiendo en lo espiritual á los nuevos convertidos. Muchas y muy escogidas virtudes pudiera relatar quien supiera mejor que yo considerar las de este siervo de Dios, así para el ornato de su persona, hábito y profesion, como para los oficios que ejercitó de prelado. Demas de ser humilde, sincero, afable y benigno con todos, fué tan honesto por todo el espacio de su vida, que no se pudo sospechar de él palabra ni pensamiento que maculase la integridad de su limpieza. No sabia tratar cosa de burlas, ni podia oír lo que era ajeno de verdad y razon, demas de nunca se le oír palabra que tocase á la honra del prójimo. Era de grandísimo secreto; tanto, que con traer compañero ó secretario, en extremo arreado (entre otras muchas) de esta virtud del secreto y silencio, nunca escribia carta á sus súbditos sino de su propria mano, porque entendiesen todos que no comunicaba con otro alguno las cosas que tocaban á sus frailes, por leves que fuesen. Mostróse observantísimo de la santa pobreza y obligaciones de su regla. Nunca usó mas vestido ni calzado del que por ella es concedido; en el andar á pié fué extremado, con ser los caminos de sus visitas tan largos y continuos; tanto que el achaque de esto le ovo de acabar la vida. Porque la segunda vez que fué provincial, por ser ya hombre mayor y corpulento, le quedó una hinchazon ó tumor en un pié, que entendiendo en lo curar, lo llevó á la sepultura, con sumptuosísimo acompañamiento de todas las religiones y alguna clerecía, hallándose presentes á él el virey y dos obispos, el uno de los cuales hizo el oficio, habiendo primero besado los piés al siervo de Dios defuncto, y otros muchos se los besaron, teniéndolo por hombre santo y mo-

rador del cielo. Fué su muerte llorada con particular sentimiento, confesando todos á una voz, ser muy notable la falta que hacia su persona á las cosas de su religion y á la satisfaccion del pueblo. Quedó su cuerpo depositado al pié de la grada del altar mayor de la capilla de S. José, á la parte del evangelio, hasta que se acabe la sumptuosa iglesia que se va edificando en el convento de S. Francisco de México, donde murió siendo guardian.

Fr. Antonio de Quijada.

Fr. Antonio Quijada, sacerdote y predicador teólogo, fué natural de Medina del Campo, nacido de padres nobles. Siendo muchacho de poca edad, lo enviaron sus padres á la universidad de Salamanca, donde habiendo oido los sacros cánones, queriendo seguir las pisadas de un religioso tio suyo, que á la sazón era provincial de la provincia de Santiago, tomó el hábito en el convento de S. Francisco de Salamanca. Hecha profesion, despues de haberlo ocupado algun tiempo en ejercicios de la disciplina regular y religiosa, le dieron estudio de artes y teología, en lo cual aprovechó mucho, saliendo muy bien con todo lo que se le enseñaba, porque notablemente era estudioso y recogido, y de condicion muy sincera, pacífica y quieta. Y despues que algunos años estuvo en aquella provincia con loable conversacion y fama de buen religioso, llamólo el Señor para servirse de él en estas partes de las Indias. Vino primeramente á la provincia de Guatemala, donde con las prendas que tenia de buenas letras, no le dieron lugar para que se diese á la lengua de los naturales, y así se ocupó siempre en ayudar con sus letras á los españoles en las predicaciones, confesiones, y casos de conciencia que le preguntaban. Fué en aquella provincia electo en custodio, y despues de algunos años, por la mayor necesidad que de su persona habia en la de Yucatan, se pasó á ella, donde estuvo poco menos de diez años, ejercitando los mismos oficios de confesion y predicacion con los españoles, y edificándolos grandemente con su loable vida y ejemplo. De allí vino á esta provincia del Santo Evangelio con negocios que se le ofrecieron, y juntamente con deseo de ver si su buen concierto, asiento y religion era conforme á la fama que tenia. Y estando bien satisfecho de lo que por allá habia oido, se quedó en ella por morador, y residió en México lo restante de su vida (que fueron quince años) edificando con su ejemplo y doctrina, como en las demas partes lo habia hecho, sirviendo juntamente de consultor en el Santo Oficio, y leyendo santa teología á los religiosos. Con ser este bendito padre tan docto en letras, era de un natural y condicion tan sincera, y entendia tan poco de las

cosas del mundo, como hombre sin malicia, que cualquiera le hacia creer lo que le decia, en las cosas y casos de acá del mundo, aunque fuesen tales que no habia razon para creerlas. Por haber entrado muchacho en la religion y no ser nada atrevido ni malicioso, se tiene por cierto que jamas fué contaminado del vicio de la carne. Y así con loable fama de vida y santa conversacion, acabó su curso en el convento de S. Francisco de México, siendo de cuasi ochenta años de edad, y de hábito poco menos de sesenta. Está sepultado en el dicho convento de México.

CAPÍTULO LVI.

De otros excelentes varones de esta provincia del Santo Evangelio.

FR. Miguel de Gornales fué natural de la isla de Mallorca. Vino á esta provincia del Santo Evangelio el año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, de edad de veinte y ocho años, varon (aunque tan mozo) escogido entre millares en ciencia y santidad de vida. Puede decir de este angélico varon lo que Alexandre de Ales solia decir de S. Buenaventura, que parecia no haber pecado Adan en aquel hombre. Luego en llegando á esta tierra leyó un curso de artes y teología con tanta autoridad, destreza, gracia y aprobacion de los oyentes y de los demas hombres doctos de aquellos tiempos, como uno de los mas famosos y consumados doctores del mundo. Y no hay de que espantarnos por esto, pues el Espíritu Santo (que en él moraba, y es verdadera sabiduría), abre la boca de los mudos y hace facundas y elegantes las lenguas de los niños. Andaba tan ocupado en sus ejercicios, que parecia no quedarle tiempo para tomar las necesidades corporales. Tenia seis horas de oracion mental (que era su principal y continuo ejercicio), y componia juntamente unos comentarios que cada dia daba á sus discípulos, por ser el texto de Orbello que leia, muy breve, los cuales comentarios ó escolias, por estar llenos de mucha erudicion y ingenio, los tienen muchos en grande estima y precio. Leia sus lecciones, y tenia cada dia sus normas y repeticiones y componia otros tratados de mucha sustancia, lo cual (como otro Paulo) podia bien hacer en aquel que lo confortaba. Celebróse en aquella sazón capítulo provincial en el convento de Guaxozingo, y como viniese á él de las partes de Jalisco el santo viejo, ya ciego, Fr. Antonio de Segovia, y oyese la fama del

Fr. Miguel de Gornales.
1555.

Sap. 10.

Philip. 4.

bendito mancebo, comunicóse con él. Conociéronse ambos los espíritus inflamados en el amor divino y quedaron con deseo de comunicarse mas por entero y de mas cerca. Persuadió entonces el santo viejo al bendito mozo que fuese á las partes de Jalisco, que allá haria gran servicio á Nuestro Señor y mas fructo en las almas, por haber allí mas falta de ministros. Condescendió Fr. Miguel á la persuasion del viejo, y dióle la palabra que si la obediencia se lo mandase, iria de buena voluntad. El prelado superior, que gustaba de favorecer las partes mas necesitadas, solicitado del viejo Fr. Antonio, dió una obediencia á Fr. Miguel para que en acabando de leer la teología fuese por morador á Michoacan, que entonces era custodia y contenia en sí las partes de Jalisco, y así lo cumplió. Fué cosa maravillosa cuán breve aprendió dos lenguas, la mexicana y tarasca, porque en muy pocos dias que acá se detuvo, acabado el curso que leia, entendió la mexicana, y por los caminos iba confesando en ella. La tarasca supo bien, dentro de ochenta dias despues que llegó á Michuacan, con la cual acudia á las necesidades espirituales de los naturales con tanta caridad y fervor de espíritu, que parecia un ángel de Dios en la tierra. Mas, ay dolor! que la muerte derribó las esperanzas que todos tenian concebidas de su ciencia y religion. Acabó el curso de esta vida muy mozo para condenar nuestro descuido, porque (como dice el Espíritu Santo) el justo muerto condena los vivos malos, y la juventud defuncta del mancebo santo, arguye y acusa la larga vida y mala del pecador. Murió en el convento de Pázcuaro, de la provincia de Michuacan, donde yace su santo cuerpo sepultado.

Sap. 4.

Fr. Alonso Dávila.

Fr. Alonso Dávila nació en la ciudad de México de esta Nueva España, de padres nobles segun el mundo, y ejemplares en su vida cristiana. Dió Fr. Alonso (siendo mancebo) grandes muestras y esperanzas de ser notable varon si viviese, porque dende su niñez fué bien inclinado y aplicado á toda virtud, y de una conciencia muy delicada y temerosa de ofender á Dios, aun en cosas livianas. Era de singular ingenio y habilidad, y así salió muy buen latino y teólogo, siendo en lo primero discípulo del doctísimo Fr. Juan de Gaona, y en lo segundo del angélico Fr. Miguel de Gornales. Aprendió tambien en breve tiempo (demás de la mexicana) la lengua totónaca, con celo de ayudar á aquellos naturales, porque entonces tenia la provincia los tres conventos que despues se dejaron, Jalazingo, Tlatlahquitepec y Veitlapa. Y en este último, siendo Fr. Alonso presidente (por ser tierra muy cálida y enferma), cobró el mal de

la muerte, que todo lo allana, y así no perdonó á este religioso en su floreciente edad. Tal es la inconstancia y fragilidad de esta miserable vida. Agradando á Dios fué amado de él, y viviendo entre los malos y pecadores fué trasladado á la otra vida. Murió porque la malicia no pervirtiese su entendimiento. Está enterrado en el convento de S. Francisco de la ciudad de los Ángeles.

Sap. 4.

Fr. Juan de Unza, lego, fué natural de la villa de Zaraoz en la provincia de Guipuzcoa, y buen zurujano en el siglo. Tomó el hábito de religion en el convento de S. Francisco de México. Castigaba su cuerpo con mucha austeridad y rigor y muchas penitencias. Comia una vez al dia, y entonces no mas que un poco de caldo de la olla con algunas legumbres, y nunca gustaba carne. Siempre anduvo descalzo y con solo un pobre hábito. Levantábase cada noche á las diez á orar, y entonces se daba una disciplina con mucha crueldad. Todo el tiempo que vivió fué enfermero, y curaba los enfermos con ferviente caridad, y hizo en muchos de ellos, así frailes como indios, curas mas maravillosas que naturales. Cuando moria algun enfermo de los que curaba, aquella noche (fuera de lo acostumbrado) se azotaba crudamente, por si acaso por algun descuido suyo no habia sido bien curado el defuncto. Amaba mucho la santa pobreza, y celaba la regla y observancia de ella. Por esta causa, habiendo venido de España los religiosos descalzos de nuestra orden de S. Francisco (aunque él andaba tan descalzo y pobre como ellos), parecióle que en su compañía viviria con mas rigor y penitencia, y así se pasó á ellos. Y no parando en esto su deseo, con celo de aprovechar á los mas necesitados con el talento que Dios le dió, así en los cuerpos como en las almas, se partió con ellos para las islas Filipinas, siendo (como era) viejo. Y estando para embarcarse en el puerto de Acapulco, le dió el mal de la muerte, con el cual acabó el curso de su peregrinacion el año de mil y quinientos y ochenta y uno. Enterróse en el mismo puerto.

De Fr. Juan de Unza.

1581.

Fr. Francisco de Leon fué primero arcediano de la iglesia catedral de Tlascala, que tiene su silla en la ciudad de los Ángeles. Tenia hecho voto de religion (segun se entendió), y queriendo cumplir lo que á Dios habia prometido, segun el consejo del Espíritu Santo, por boca de David, pidió el hábito del padre S. Francisco en un capítulo provincial celebrado en el convento de Guaxozingo. Tomáronse para ello los votos de todos los capitulares que presentes se hallaron, los cuales, teniendo consideracion al mucho fruto que en el hábito clerical hacia (porque era un espejo de santidad

De Fr. Francisco de Leon.

Psal. 75.